

Sacerdote

1934-1930 (6 a 11 años) en la escuela de Ituren.

1940 (12 años) Seminario de Vergara. Entra en el seminario por vocación y por su propio pie. Recibe una Beca extraordinaria de la Diputación de Guipúzcoa con la que se puede costear el seminario.

1941-1951 (13 años-23 años). Seminario de Vitoria. Recibe una formación muy completa: humana, intelectual, espiritual. Estudia Humanidades, Filosofía y Teología.

“Estrenábamos celda individual, con su cama, mesilla, armario y lavabo. Cada uno descubría en las interminables listas el número que le había tocado y con buen compañerismo trasladábamos, ayudándonos mutuamente, nuestros trastos, que entonces eran muy pocos. Algo de ropa interior, la inseparable sotana y guardapolvos, con la beca roja para los actos solemnes y de capilla, y algún pequeño complemento alimenticio, no percedero, pero que desaparecía pronto. Estábamos en Vitoria, la casa mayor, aunque fuese en el primer peldaño de sus escalones. Con tiempo y perseverancia iríamos escalándolos uno a uno hasta el final. La vida era seria, disciplinada, dura.”

Vida en el Seminario:

“Nos levantábamos a las seis de la mañana, algo a lo que nunca me acostumbré. Los actos de capilla mañana y tarde, las cuatro clases con sus correspondientes horas de estudio previo, los cuatro pasos por el comedor o refectorio, dejaban escaso margen para el recreo, que sólo después de comer y de la clase primera de la tarde dejaba espacio para jugar a la pelota, al fútbol, al voleyball. Fuera de los estrictos espacios de recreo, el resto del día era obligatorio el silencio; hasta en el comedor, fuera de los domingos y fiestas.”

29 de junio de 1951: Ordenación sacerdotal en la Catedral del Buen Pastor de manos del obispo Dr Font Andreu.

8 de julio de 1951: primera misa.

“Escogí para la mía [mi primera misa] el 8 de julio... y sin vacilación, con obvia naturalidad, elegí para ella la parroquia de Ituren [Navarra]. Nadie ni nada podía disputar a mis padres el honor de ser mis padrinos. Era un reconocimiento obligado a sus sacrificios y hasta a las plegarias secretas de mi madre por tener un hijo cura y por la gracia especial de llegar a ver y disfrutar de aquel día [...] Cantó la misa, pregonada por el alguacil Saturnino como una *Meza gaitza*, mi Quintento “Mendaur”, en el que Anish me suplió en la cuerda del bajo. Al órgano, Antonio Rey. Me rodeaba aquel día mi mundo, de sangre y afecto y, naturalmente, todo el pueblo de Ituren. Al

banquete hubo que invitar a cada casa del barrio. Contribuyeron con gallinas y pollos, y desde Puerto Rico llegó un estupendo café enviado para la ocasión por un amigo de mi padre, oriundo de Ituren. La jornada imborrable –bandera del Ayuntamiento y txistu de acompañamiento, con coheteo y campaneo y un inoportuno chaparrón veraniego al término de la misa– tuvo su complemento. Al día siguiente celebré una misa por los difuntos del pueblo, y al tercero, en la ermita de la Trinidad del Mendaur, a 1.200 ms. de altura.”

¿Cuál es su auténtica parroquia?

“Mi pastoreo consiste en la conversación, las conferencias y charlas, el periódico. Es como sembrar a voleo, sin ver la tierra. Alguna vez llega un signo gratificante, una voz de aliento. Hasta Marruecos llegó un artículo navideño para consuelo de una muchachita, y otro sobre el *Amén* sirvió de alivio a una madre que tuvo mellizas. Parroquia es el ancho mundo por el que me muevo, la carretera con los autostopistas que recojo; el palestino que iba para médico; el portugués, obrero de cantera, con su drama familiar a cuestas; el labriego castellano que trabajó en su juventud de sol al sol sin más desayuno que una cebolla; el pastor burgalés que en quince días había de casarse con imposición de su amo y me contaba cosas que dejarían boquiabierto al mismísimo Camilo José Cela. En el tren, en la calle, cruzando un puente: –Padre, confíeseme usted. Mi parroquia son los congresos, enfáticos, solemnes, en los que entre pasillos se reciben confidencias íntimas, misteriosas de los *intelectuales*, muy distantes de los pequeñuelos del Evangelio a los que se hace transparente el Reino y la luz de Dios (Mt 11, 25), y semejantes, en vida de espíritu, a la terra *sicca, invia et inaquosa* (Sal 62, 3)”.

De profesión, “sólo sacerdote.”

En el seminario “vivimos aquellos años una alta y generosa mística sacerdotal, resumida en un *slogan* famoso: “siempre sacerdote, en todo sacerdote, sólo sacerdote”. Siempre pesó sobre aquel seminario una sombra, como neblina viscosa, una especie de pecado de origen, que fue la acusación de foco de separatismo. El ideal de “sólo sacerdote” y las directrices reales de nuestros formadores fueron el mentís más rotundo de esta acusación. Fuimos criados en afán de liberación de *toda* política. Y cuando subrayo *toda* quiero significar la política imperante e impuesta, y la larvada; la de vencedores... y vencidos de la reciente guerra, que en nuestra tierra no fue sólo entre hermanos, sino además entre cristianos. Desde entonces a acá mi actitud fue siempre la de rabiosa independencia, cualidad por la que he pagado tributo a un lado y a otro.”

“Todas las demás son etiquetas accesorias. El único título sustancial que vertebra mi vida es el de “sacerdote de Cristo”, *Segregatus in Evangelium Dei*, “escogido para anunciar la Buena Nueva de Dios”. Se anuncia hablando,

callando, viviendo. Siendo “cristiano *con los demás*”, como decía san Agustín, y por lo mismo manteniendo a la intemperie, como “lamparilla de aceite que brilla en la oscuridad” (2 Pe 1, 19), la fe, la esperanza y el amor, sin dejarlas extinguir, y más brillantes cuanto más tenebrosa sea la negrura de la noche circundante; y siendo “cristiano *ante y para los demás*”, sin dejar de apagar, avivando como un rescoldo (2 Tim 1, 6) la gracia ministerial que recibimos un día de Cristo por imposición de las manos del obispo y comunicación del Espíritu.”

Maestro

Biblioteca excepcional en el Seminario de Vitoria. Llegará a ser ayudante de Biblioteca con José Zunzunegui, que le “abrió el camino a la investigación personal, esto es, hacia lo nuevo, hacia la verdad que había que conquistar personalmente”.

Oct 1951-1956 (tenía 23 años). Estudia en la Universidad Gregoriana en Roma. Compañero de José María Setién, Josetxo Laboa (Monseñor Laboa, Nuncio en Panamá), Jesús Irigoren; también conoce en Roma al pintor Enrique Albizu. Contacto en estos años con las bibliotecas de Roma: Vaticana, Nazionale, Angelica, Casanatense, Vallicellana, Corsini. Estudió Teología e Historia de la Iglesia. Se doctora en Teología con Medalla de Oro, y completa cursos de doctorado en Historia de la Iglesia.

1956-1966 Vida en Madrid en semestre de primavera. Conoce a Marañón, que consideraba como su maestro y amigo. Conoce a Pidal, Laín Entralgo, Dámaso Alonso, José Antonio Maravall. Pasa largas horas investigando y transcribiendo manuscritos en el Archivo Histórico Nacional y Biblioteca Nacional

“El mismo año de mi llegada conocí a don Gregorio Marañón, interesadísimo en mis investigaciones carrancianas. Su casa estaba abierta para mí a cualquier hora y siempre distraía unos minutos para atenderme. Fue para mí un verdadero amigo y padre, y el lector más apasionado de mis cosas. Al año siguiente me lanzó a una empresa de mayor aliento, ya que me comprometió a cargar con la conferencia sobre la muerte de Carlos V con que la Academia celebró en sesión solemne el centenario de la muerte del Emperador. Él tuvo la amabilidad de presentarme. Aquella conferencia me valió la amistad de don Ramón Menéndez Pidal, mantenida fielmente hasta su muerte. Marañón estimuló la edición del proceso de Carranza por la Real Academia de la Historia y llegó a tener en su poder el ejemplar dactilográfico del primer tomo, pero no lo vio publicado. Todos los tomos que después he publicado van dedicados a su memoria, mientras en la mía se almacenan esencias de gratos recuerdos.”

Profesor

1956-1966: Semestre de otoño hasta diciembre en el seminario de San Sebastián. Enseña Teología Fundamental a 1º de Teología, Historia Moderna y Contemporánea de la Iglesia a 2º. Es el Bibliotecario del Seminario.

“San Sebastián era el periodo de intensa actividad docente. Llegué hasta las catorce clases semanales. So pretexto de ser bibliotecario segundo y luego primero, vivía en el seminario. Mi vida entera estaba dedicada a él. Una vez a la semana pasaba por mi casa, siempre con prisa por volver a mi sitio. Estudio, clase, biblioteca, investigación, pronto la colaboración con el periódico, el trato continuado con los muchachos en sus paseos y recreos, sobre todo en mi despacho, ocupaban todas mis horas. Incitarlos, orientarlos, despertar inquietud, abrir horizontes, encaminar vocaciones a estudios superiores, aconsejar, vivir una inmensa responsabilidad, sin la del mando; ser un amigo, un hermano mayor, autoridad en el sentido más hondo de la palabra, era mi vocación en plenitud. Cuantas veces, a lo largo de mi vida, me preguntan con curiosidad de dónde saco el tiempo, contesto invariablemente: Hay países –y personas–, ricos y pobres, tontos y listos, blancos o amarillos... Pero el día, para todos, tiene veinticuatro horas. El misterioso secreto está en aprovecharlas más o menos.”

2º Semestre. Historia de la Iglesia en el Seminario Hispano-Americano, en la Ciudad Universitaria de Madrid.

Junio-primer mitad julio, en Roma. Casa de Montserrat en Via Giulia, Biblioteca y Archivo Vaticanos, Biblioteca Vallicellana. Investigación centrada fundamentalmente en el Arzobispo Carranza; pero también a Teodoro de Ameyden, Juan de Valdés, Miguel de Molinos, la Monja Alférez, el Padre Larramendi. Artículos en el *Diario Vasco*.

6 de marzo de 1952 en Roma, en la Biblioteca Vallicellana se encuentra por primera vez con los manuscritos del proceso de Carranza.

“La vida era seria y dura, de muchas horas de trabajo al día, y los fondos eran escasos. Para colmo, mis padres se vieron forzados a comprar el piso donde vivimos y tuvieron que afrontar los gastos extra y ordinarios de la casa. Muchos dibujos tenía que hacer yo para ahorrar a fin de curso mil durillos. Por aquello del refrán japonés “Es mejor enseñar a pescar que dar un pez para cenar”, empecé por comprar una máquina de escribir Royal a un mejicano y a buen precio. Con aquella máquina redacté mis trabajos y algunas colaboraciones, pobremente pagadas, para la Revista de Teología y de Derecho Canónico. Mas, la fatiga principal de la Royal fue la de “carrancear”, verbo de mi uso particular y acreditado, que significa investigar sobre Carranza. Los códices estaban en la biblioteca Vallicelliana que sólo abría por las mañanas. Allí iba, cuando la tenía libre, a copiar a mano un códice de más de mil páginas. Muchas veces estaba solo y no fue difícil obtener de la directora, una *Dottoressa* judía, que me permitiese llevar la máquina y transcribir directamente el texto, ya que no molestaba absolutamente a nadie. Y uno a uno, durante muchos meses, fueron pasando aquellos folios a mis papeles mecanografiados y empezaron a

publicarse en diversas revistas. Vistos desde hoy aquellos cinco años parecen un soplo, pero entonces fueron tiempo largo, lleno, fecundo.”

Convalidación del título de doctor con la Complutense. Renunció vincularse a una cátedra en la Complutense para dedicarse a los seminaristas

1966-hasta jubilación nombrado catedrático por la Universidad Pontificia de Salamanca. Y un día a la semana enseña en el Seminario de Vitoria.

1970 deja la docencia en el seminario de San Sebastián.

Paréntesis de 1980-1982, episodio clínico.

1998, jubilación.